

CAPÍTULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

CUANDO el valiente huye, la superchería está descubierta; y es de varones prudentes, guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual, dando lugar á la furia del pueblo, y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y, sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó, en fin, ya vuelto en su acuerdo; y, al llegar, se dejó caer del rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse Don Quijote para catarle las feridas; pero, como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo: "¡Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho! y ¿dónde hallastes vos, ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? Á música de rebuznos, ¿qué contrapunto se habia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que, ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje.— No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos, molidos como alheña ó como cibera, en poder de sus enemigos.—No huye el que se retira, respondió Don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama *temeridad*; y las hazañas del temerario, mas se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo; y así,

yo confieso que me he retirado, pero no huido; y en esto, he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores; y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora." En esto, ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecía. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos, y unos gemidos dolorosos; y, preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió, que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera, que le sacaba de sentido. "La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo con que te dieron, largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen; y, si mas te cogiera, mas te doliera.—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. Á la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno, de pelo cuelga; y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque, si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que, si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa, y á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced, por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. ¡Pues tomadme el dormir! contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y, si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante; ¡que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó, á lo menos, al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados! de los presentes no digo nada; que, por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.—¡Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo! Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca; que, á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y, si tanto deseais volveros á vuestra casa, con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis míos; mirad cuánto

há que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.—Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante, que el que sirve á un labrador; que, en resolucion, los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido, despues que há que sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio: todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto á lo que dicen *inclemencias del cielo*, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.—Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco?—Á mí parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes, me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero, en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha, de darme el gobierno de una insula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que, por todos, serian treinta.—Está muy bien, replicó Don Quijote; y conforme al salario que os habeis señalado, veinte y cinco dias há que salimos de nuestro pueblo; contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.—¡Oh cuerpo de mí, dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta! porque, en lo de la promesa de la insula, se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos.—¡Pues qué! ¿tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo Don Quijote.—Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber mas de veinte años, tres dias mas á menos." Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: "¡Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la insula! Ahora digo, que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga; que, á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, ¡prevaricador de las ordenanzas escudriles de la andante caballería! ¿dónde has visto tú, ó leido, que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor, en *cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes por que os sirva?* Éntrate, éntrate, ¡malandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces! éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has